

De El Cairo a Pekín: antropologías entre bastidores

Pablo López López

Profesor de Filosofía.

Miembro del Instituto E. Mounier.

Parece que Yavé no ha sido el único que ha creado al hombre a su imagen y semejanza. Son varios los grupos humanos que han creado su dios, su becerro de oro, a imagen y semejanza de sus intereses y, con ello, han creado una imagen propia de lo que es el hombre. Así se ha puesto de manifiesto en las recientes macroconferencias mundiales auspiciadas por la ONU. Se preparó el terreno en la de Río, sobre medio ambiente. Se alcanzó un punto álgido en la de El Cairo, en torno a la población, y se ha continuado en las de Copenhague, en relación con la pobreza, y Pekín, acerca de la mujer. Todas han pretendido vincularse con el problema del desarrollo, pero en muchos casos los planteamientos reales desmentían las sanas intenciones proclamadas. Sigue siendo cierto que el pobre es aquél desde el que nos explicamos y con el que nos explicamos. Sin embargo, varios potentísimos sectores mundiales no han hablado desde el pobre, sino contra el pobre e indefenso. Todo ello responde a *una serie de imágenes sobre el hombre* que es necesario que estudiemos.

Antinaturalismo

Una primera gran corriente puede denominarse «Antinaturalismo» por diversos motivos. Ante todo *la naturaleza aparece como esclava del hombre*, como ubre que exprimir sin medida, en pro de un supuesto «Progreso» ilimitado del hombre. Y aún más, en el significativo caso del ser humano la noción de naturaleza desaparece. La naturaleza humana se queda sin naturaleza. En su lugar se afirma el *contractualismo*, según el cual todos los derechos humanos y el mismo

carácter social del hombre no son para nada naturales, propios del hombre como tal, sino mero fruto de un contrato, negociado no se sabe cuándo en función de una composición de intereses. Jesús Ballesteros en «Ecologismo personalista» denomina esta corriente «antropocentrismo tecnocrático». Pero resulta chocante hablar de «antropocentrismo» cuando se niega la misma naturaleza humana. En todo caso, resta un antropocentrismo reduccionista de cuño racionalista. Este racionalismo tomó posición con Bacon y Descartes, que ya impulsaban a dominar al asalto la naturaleza. Mas asumió su propia formulación en *la Ilustración*, con su mito de ilimitado progreso científico, el cual sí justifica el adjetivo de «tecnocrático», pues habría de traducirse en poder tecnológico sobre la naturaleza. El acaparamiento del poder tecnocrático ahondaría la distancia entre ricos y pobres, fomentando *la plutocracia* o gobierno de ricos. Desde la complacencia mal disimulada ante la plutocracia cobra carta de identidad en esta antropología *el liberalismo económico* y su reedición neoliberal. A su vez, es conocida en uno y otro la implicación respectiva del *malthusianismo* y del neomalthusianismo. De este modo el hombre se contempla como un ser *egoísta e individualista* que debe competir incesantemente frente a los demás por asegurarse su mejor parte dentro del escaso número de recursos disponibles para una población creciente. «Los otros» terminan estorbando. O son competidores o bocas que alimentar. De ahí que surja una actitud *antinatalista*, incluso, o sobre todo, en medios de alto bienestar material. Precisamente *el materialismo y el hedonismo* gravitan en toda

esta concepción, por lo que la ética acaba deparando un *utilitarismo*. El único punto de referencia aglutinante, hoy ya en declive ante las multinacionales, es el *nacionalismo*, convertido tantas veces en excusa del *imperialismo*. Tal neocolonialismo faraónico, que recuerda la preocupación de los egipcios antiguos ante el crecimiento demográfico de sus esclavos judíos, se asienta en *los gobiernos de las grandes potencias y de otros países ricos*: EE. UU., Japón, los países nórdicos y la Unión Europea. También participan de esta mentalidad influyentes organizaciones internacionales, algunas dependientes de las Naciones Unidas, como el Fondo de Población de las Naciones Unidas, UNICEF, la OMS, la Organización Panamericana de Salud y otras no gubernamentales como la poderosa IPPF, que tiene sucursales o filiales en todos los países del mundo. Asociadas a la IPPF existen otras organizaciones de salud reproductiva y «feministas», así como industrias farmacéuticas, que ejercen presión sobre los gobiernos.

Antihumanismo

Al enfrentarse los hombres a la naturaleza y entre sí mismos, se pierden a sí mismos. Brota así, como por ley del péndulo, *el antihumanismo de un hombre subyugado por la naturaleza*. El hombre se siente negado y anegado en medio de una dictatorial e idolatrada naturaleza (*panteísmo*), ante la cual no asume su especificidad y dignidad humanas. ¡Cuanto menos humano, mejor! ¡Cuanto más salvaje, más «natural»! La sociedad y la cultura envilecen al hombre, le apartan de su buen «estado natural». Recuérdese a Rousseau. Frente al racionalismo se reacciona proclamando *el irracionalismo* y en contra del nacionalismo de Estado se defiende *el colectivismo de especie biológica*. Lógicamente en tal tesitura se da *un ecologismo desenfrenado*, del cual se excluye al hombre. En la práctica puede resultar más importante salvar ballenas o una especie de pájaros que salvar niños. En España, por ejemplo, una vaca nodriza recibe de la Unión Europea unas once mil pesetas, mientras que una madre cuenta sólo con una ayuda estatal de dos mil cuatrocientas pesetas. En tal «zoocracia» sirve directamente de ideología *el so-*

cialdarwinismo, para el que el hombre no pasa de ser una especie más, aunque más evolucionada, en lucha por la vida frente a las demás. Es decir, lo que en el liberalismo económico del antinaturalismo era lucha de los individuos humanos por los dividendos del mercado o lo que era en el marxismo (un derivante de la Ilustración) la lucha de clases, se proyecta aquí como lucha de especies. En unos y otros, cualquier cosa menos la armonización del hombre consigo mismo y con la naturaleza. Un sentido agónico, de «panpolemia», de guerra de todos contra todos, del hombre lobo para el hombre, del hombre lobo para la naturaleza y de la naturaleza loba para el hombre, recorre el antinaturalismo y el antihumanismo. El antihumanismo, teoría de buen ver sólo entre intelectuales alarmables y grupos ecologistas radicales, avanza sigilosamente en la opinión pública de los mismos países ricos, donde se desvanece la quimera del antinaturalismo contractualista e ilustrado sin dejar entrever un nuevo y mejor ideal. El detritus antihumanista es como la versión de rock duro de la halagüeña balada antinaturalista.

Personalismo

En la unidad de la persona humana *el personalismo integra y armoniza al hombre en la naturaleza sin diluirle en ella, reconociendo su distintiva superior dignidad y responsabilidad dentro y para con la misma*. En tanto que el antinaturalismo aspira a reafirmar al hombre minimizando la naturaleza, y el antihumanismo vindica lo natural a expensas del ser humano, el personalismo resalta la interdependencia y la simbiosis entre naturaleza y humanidad, sin escindir las ni confundirlas. Para ello pone de relieve la realidad tipificada de la naturaleza humana, pero en íntima unidad con la naturaleza global, con todas las demás naturalezas y, normalmente, dejando abiertas las puertas a la «sobrenaturaleza», a Dios. Mejor que nada ni nadie Él, como creador de ambas, puede ahondar en la fundamentación de la integración entre naturaleza y humanidad. De cualquier forma, lo que se sigue del reconocimiento y del respeto a la naturaleza humana, perteneciente a la naturaleza

global, en la que destaca y de la que es solidaria y se nutre, es el *iusnaturalismo* o derecho natural. Su paulatino desciframiento es tarea de la conciencia de cada persona a lo largo de toda su vida y de la entera humanidad a través de toda su historia. Viene a coincidir con la magna tarea de conocerse a sí mismo, ya como individuo ya como especie histórica. De las características esenciales de la naturaleza humana se deriva una serie de valores y derechos propiamente humanos, que hoy llamamos con buen criterio «derechos humanos». En la actualidad en numerosas ocasiones se afirman voluntaristamente, como por contrato o convencionalismo. El diálogo es la vía para descubrirlos en común, no la de inventarlos arbitrariamente o por conveniencias. Por supuesto, un diálogo fructífero y no mermado ha de superar el reduccionismo racionalista, así como el callejón sin salida del irracionalismo, a fin de entrar por *un realismo moderado* que conjugue todos los factores del conocimiento en la persona (razón consciente, subconsciente, sentidos, sentimientos, fe). A partir de esta sólida y completa base el personalismo puede ahuyentar tanto la tentación individualista como la colectivista para asentar la organización *comunitaria y autogestionaria* del tejido social y *la familia* como la célula social imprescindible. En este clima social de familia de familias se encuadra lógicamente la opción *pro vida* y de *paternidad responsable con medios responsables*, haciendo primar la exquisitez conyugal y la acogida de la vida como don y no como objeto de manipulación y dominio. Asimismo, para no caer en los consabidos utilitarismos ni en leyes de la selva el personalismo se vertebra con *una opción por los pobres*, o sea, en pro de los menos dotados por la naturaleza y de los marginados por los hom-

bres. Pese a tener que nadar contra corriente, pues los documentos preparatorios de las conferencias incluían destacadas propuestas anti-personalistas sostenidas por las mayores potencias, la antropología personalista fue defendida con notables éxitos por el Vaticano y otros países de sentida raigambre católica, principalmente americanos. No obstante, en ningún momento tuvieron que apelar a fórmulas confesionales, sino a *principios de humanidad* y a *un completo soporte científico*. Fue también importante la convergencia de varios países musulmanes, que sí enarbolaron el Corán, pero no para imponerlo a otros, sino para reclamar respeto a sus propias tradiciones. En todo caso, en absoluto puede justificarse la acusación demagógica de frente «fundamentalista», lanzada por quienes carecen de otros argumentos. Lo que sí podríamos estimar, es cierta falta de madurez personalista de parte de los países islámicos en algunos temas importantes como el del derecho igualitario de la mujer a la herencia.

El transcurso de las conferencias evidenció ante todo la fractura de situación e intereses entre *el Norte y el Sur*, una fractura crecida sobre la base de las antropologías reseñadas. Los resultados de aquéllas, al menos sobre el papel, no han constituido un éxito rotundo, pero sí sustanciosos avances personalistas sobre las peligrosas ambigüedades y orientaciones deshumanizantes de los documentos preparatorios. Los grandes problemas abordados (medio ambiente, aborto, desarrollo, mujer, condonación de la deuda del «Tercer Mundo», etc.) continuarán a flor de piel de la actualidad. Ahora bien, igualmente persistirán como raíz de su posible solución o enconamiento las diversas visiones antropológicas. Al fin y al cabo, *el problema y la solución son el hombre*.